



Diálogo con el Dr. Arturo Ardao

ARTURO ARDAO murió en Montevideo el 22 de septiembre de 2003. Con justicia, es considerado uno de los más eminentes intelectuales latinoamericanos del siglo XX. Nacido en 1912 en el departamento de Lavalleja, en el seno de una familia de procedencia española y francesa, desarrolló una ininterrumpida labor docente y de investigación. Autor de numerosos libros, con una vasta y destacada producción periodística: fue una de las figuras consulares del legendario semanario *Marcha*, durante los treinta y cinco años de vida de esta publicación. Ejerció los cargos de profesor de Historia de las Ideas en América en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Universidad de la República, Director del Instituto de Filosofía desde 1963, y Decano de la Facultad de Humanidades y Ciencias en el periodo 1968 - 1972. Su obra ha sido justamente reconocida en el ámbito nacional e internacional.

Ardao era un hombre de porte distinguido, sencillo y afable en el trato. Poseía una inteligencia feraz y una memoria prodigiosa. Aun en sus últimos años, casi retirado de la vida pública que bien poco le atraía, seguía trabajando con la rigurosidad

aprendida en la juventud. Conoció, dentro y fuera de las fronteras nacionales, a muchas personas representativas de la cultura del siglo XX. Nunca escatimó sus conocimientos ni sus consejos; con frecuencia se detenía en reflexiones pausadas y

eruditas; acogía siempre con simpatía las propuestas valiosas de sus colegas y discípulos. Y todo eso lo hacía sin adoptar una postura incómoda para quien se acercaba a su mesa de trabajo.

Muchos de los profesores de la Facultad de Humanidades de la Universidad de Montevideo tuvimos el privilegio de hablar con el Dr. Ardao. Recuerdo ahora, especialmente, la conversación que mantuve con él, en su apartamento de Pocitos, el 7 de enero de 2003. Ardao apareció como siempre: puntual, impecable, lúcido. Conversamos hasta tarde. Rescato parte de ese diálogo con el propósito de unirle al homenaje que "Humanidades" quiere tributar a su memoria.

Dr. Ardao, ¿cuáles son los recuerdos más lejanos de su infancia?

Nací en el campo, en el departamento de Lavalleja. Mi padre era arrendatario de tierras. Hice mis estudios primarios en la escuela pública de Minas; luego pasé a un instituto de varones. Recuerdo que el nombre del director de la escuela era Homero, aunque la evocación pueda parecer irrelevante. En Minas también comencé mis estudios de liceo.

¿Cuándo se trasladó a Montevideo?

Fue en abril de 1927. Mi familia fijó aquí su residencia con el propósito de facilitarnos la continuación de los estudios. Ingresé a la sección

de secundaria, en el instituto denominado "Alfredo Vázquez Acevedo". Y allí realicé también los estudios de Preparatorios.

Entre sus experiencias como estudiante en la Universidad de la República, ¿hay alguna que considere particularmente digna de ser recordada?

Ingresé en la Facultad de Derecho de la Universidad de la República en el año 1931. Me recibí de abogado el 12 de enero de 1939. Mis años de estudiante universitario coincidieron con el advenimiento de Gabriel Terra a la presidencia, después del golpe de estado. Mis vivencias de ese período están relatadas en *La tricolor revolución de enero*. Participé en el proyecto de una "invasión", prevista para el 19 de abril de 1934, día en que se plebiscitaría la Constitución ideada por el terrismo. El 17 de abril, los miembros de aquel grupo de opositores al régimen de Terra nos reunimos en un caserón de Santa Ana, donde fuimos detenidos por el ejército federal. Intentamos dispersarnos, pero dentro de la casa quedamos algunos jóvenes para despistar a los soldados. Fuimos apresados y detenidos hasta el 1º de mayo.

Su incursión en el periodismo ha sido, sin duda, relevante. ¿Cómo se inició en ese quehacer?

En octubre de 1931 conocí a Carlos Quijano. No llegué a trabajar en

El Nacional, pues cerró sus puertas en noviembre de ese mismo año. No obstante, "cargué mi pluma" allí: durante ese último mes de vida del periódico hice pequeñas crónicas de reuniones de propaganda electoral. También en ese año redacté con otros estudiantes un "Manifiesto de la juventud universitaria". Tengo que confesarle que en ninguno de estos escritos figuraba mi nombre.

En marzo de 1932 apareció el semanario *Acción*, cuyo primer editorial, titulado "Fijando nuestra posición", fue escrito por mí. Juan Carlos Labat, Ravazzani, Iturralde, Hugo Campo y yo integrábamos el consejo editorial; éramos todos estudiantes de Derecho. De aquel grupo de estudiantes que inició *Acción*, solamente nos recibimos Ravazzani, Quijano y yo.

Después del golpe de estado de Terra, *Acción* fue clausurado por tres meses. El 1° de abril de 1933, en el entierro de Baltasar Brum, repartimos varios ejemplares. Cuando estábamos preparando la siguiente edición, la imprenta fue allanada y tuvimos que huir por las azoteas. Durante tres meses, la sede del semanario fue custodiada por una guardia policial. En ese período se publicaron -en forma clandestina- tres ejemplares con el nombre de *Rebelión* y dos con el nombre de *El combate*. En el mes de julio siguiente, *Acción* reapareció bajo la dirección de Carlos Quijano.

¿Cuándo se despertó su afición por la historia de las ideas?

Después de la agresión alemana a Europa que determinó el comienzo de la Segunda Guerra Mundial, la caída de Francia y de los otros estados europeos provocó en todos nosotros un gran impacto. Al terminar la guerra, un grupo de latinoamericanos comenzó a buscar las raíces propias como un modo de superar aquella terrible crisis. Este fenómeno que se produjo en América del sur tuvo dos grandes animadores: José Gaos en México, y Francisco Romero en Argentina. A través de este último, conocí a Leopoldo Zea, quien llegó en una gira a la Argentina en 1945. Con Leopoldo Zea me une un profundo lazo de fraternidad; desde que nos conocimos hemos tenido una enorme afinidad en las ideas.

En 1945 publiqué *Filosofía pre-universitaria en el Uruguay*. Es una colección de artículos escritos con anterioridad a esa fecha, sin la pretensión de integrar un libro.

¿Fue *Filosofía pre-universitaria en el Uruguay* la primera de sus publicaciones?

No; la primera fue *El fourierismo en el Uruguay*, de 1939. Tres años después publiqué una obra sobre escolástica, que comenzó a utilizarse como libro de texto en la Facultad de Derecho y fue muy elogiada por Romero.

A su juicio, ¿cuáles son los libros que contienen lo fundamental de su aporte a la filosofía?

Creo que principalmente se halla en *Espacio y tiempo*, *Lógica de la razón y lógica de la inteligencia* y *Filosofía en lengua española*.

Usted ha expuesto y analizado extensamente y en profundidad la historia de las ideas filosóficas en el Uruguay. ¿Cómo construyó esa amplia y precisa estructura que es la totalidad de su obra?

En ese conjunto de textos dedicados al estudio del pensamiento filosófico en nuestro país, yo distingo claramente tres etapas: la inicial, desde los orígenes del proceso intelectual nacional hasta la primera mitad del siglo XIX, está desarrollada en *Filosofía pre-universitaria en el Uruguay*, de 1945; *Espiritualismo y positivismo en el Uruguay*, de 1950, remite a la etapa siguiente, que transcurrió durante la segunda mitad del siglo XIX; mientras que a la tercera etapa, desde el novecientos, corresponde *La filosofía en el Uruguay*.

Aunque estos libros son, indudablemente, autónomos, es verdad que –como usted afirmó– pueden verse como una obra singular, que abarca el curso total y continuo del proceso filosófico uruguayo.

Uno de los rasgos recurrentes en sus libros es la profusión de fe-

chas y de transcripciones de otros textos. ¿Puede entenderse esto como expresión de una forma particular de concebir el estudio de la historia de las ideas?

Esta abundancia de fechas y de transcripciones obedece al reconocimiento de la necesidad de fundar en datos la investigación acerca de la historia intelectual del país, lo que no era el método habitual en el estudio del pensamiento filosófico en Uruguay cuando yo comencé a trabajar.

He procurado que en mi obra no aparezcan textos que no hayan sido seleccionados por su valor documental. Quien se aboque a una labor de esta índole, no podrá prescindir de la tarea de investigar cuáles son las fuentes de información confiables, llegando aun a aquellas que hasta el momento han sido ignoradas o relegadas.

Dr. Ardao, usted señaló reiteradamente que el rigor documental es un pilar en la labor de los investigadores de la historia del pensamiento.

Desde luego. Ya es un lugar común la afirmación de Groethuysen acerca del rol que desempeñan los documentos en la formación de la conciencia histórica. Y, siendo así, el investigador no puede dejar de citarlos toda vez que sea necesario.

Es en función de la objetividad histórica que debe relevarse esta in-

formación documental, independientemente de la filiación de los textos con determinadas organizaciones religiosas o filosóficas. Tal es el caso de mi libro *Racionalismo y liberalismo en el Uruguay*, en cuya estructuración tal vez se advierta la influencia de la postura racionalista, pero que, no obstante, ha sido formulado con absoluta independencia de espíritu.

Esa reunión de documentos de procedencia diversa, aun vinculados entre sí por el tema abordado, ¿no pone al investigador en riesgo de ofrecer una visión dispersa, por lo menos, confusa, del asunto?

No, porque el historiador no se limita a reunir los documentos; su principal tarea consiste en organizarlos, en conferir sistematicidad al conjunto. Al hacerlo, es inevitable incurrir en reiteraciones. Pero éstas son signos de un orden interno, de una coherencia que no es sólo la de la exposición verbal sino, ante todo, la de la estructura conceptual.

En el siglo XX, buena parte de las indagaciones acerca de las ideas filosóficas se ha orientado hacia el

estudio particular del pensamiento continental y, aun, nacional. ¿Cómo se produjo ese proceso?

La respuesta reside en la consolidación de una conciencia americana y el progresivo reconocimiento de las peculiaridades del pensamiento filosófico en cada uno de los países del continente.

Después de obstinados y balbuceantes ensayos, América comienza a hablar con voz propia y asume su rol en el "drama" –según palabras de Alfonso Reyes– de la historia universal.

Por otra parte, es preciso deslindar la historia de las ideas –sin adjetivación– del área específica de la historia de las ideas filosóficas, donde se inserta el pensamiento latinoamericano.

Pero el americanismo filosófico no es el primer capítulo en la historia de las ideas continentales. Éste accedió a un sitial de privilegio una vez que el americanismo literario y el artístico alcanzaron su apogeo y, por consiguiente, quedaron relegados a un segundo plano en el interés de los investigadores.☛

Juan Carlos Carrasco